

## **EL VALOR DE LA FILOSOFÍA\***

**Antonio Diéguez**

Somos la primera humanidad producto de un diseño del cual las ideas filosóficas fueron las principales autoras. Somos una 'humanidad pensada', el resultado de la imaginación ética y política de quienes dieron el gran salto que nos separó del mero sucederse natural.

Amelia Valcárcel, *El País*, 7 de junio de 2013.

La filosofía es el intento inusualmente obstinado de pensar con claridad.

William James

Se oye desde hace mucho, pero con creciente insistencia ahora que ya se reconoce públicamente y sin pudor que el éxito económico ha de ser objetivo central que guíe cualquier vocación profesional, que la filosofía no sirve para nada; que sus ideas son demasiado abstrusas y alejadas de la realidad; que no tiene, por ello, relevancia práctica alguna; que la sociedad haría bien en extenderle de una vez el certificado de defunción y en dejar de subvencionar a sus últimos e insignificantes valedores. Y sin embargo esta opinión está profundamente equivocada; hecho que no creo que sirva para mitigar un ápice la convicción con la que se proclama. Lejos de ser inanes, las ideas filosóficas han tenido a menudo un enorme poder, y éste ha dejado su huella visible en la historia. Han alejado o acercado pueblos; han sustentado revoluciones; han edificado instituciones culturales y sistemas políticos; han erradicado o santificado costumbres; han creado

---

\* Una versión previa de este artículo se publicó en 2018 en la revista *Scientia in Verba*, 1, pp. 15-19.

conceptos con los que pensar de formas nuevas; han derribado viejos conceptos, dejando atrás con ellos formas de pensamiento periclitadas; han forjados utopías que perseguir (como la de la paz universal y perpetua o la de la igualdad entre los seres humanos) y distopías que evitar. Y, en especial, han proporcionado el enorme servicio a toda la humanidad de mostrar que las cuestiones últimas que siempre nos han importado pueden alcanzar una respuesta, por tentativa y provisional que sea, dentro de la mera razón.

En realidad, la filosofía, se ha ocupado en cada momento histórico de problemas de importancia general, aunque no siempre haya sido capaz de transmitirlo con eficacia. En la época helenística se ocupó de cómo tener una vida buena a pesar de que el mundo que se había conocido hasta entonces comenzaba a derrumbarse; en la Edad Media se ocupó de cómo conciliar la razón y la fe; en el Renacimiento de cómo fundamentar una visión del ser humano capaz de asumir la tradición pero en busca de una nueva forma de pensar su condición moral y social; en el comienzo de la Modernidad se interesó en cómo conseguir un saber tan riguroso como el que empezaba a alcanzar la Nueva Ciencia, puesta en marcha por Galileo y por otros "filósofos naturales"; en el siglo XVIII se ocupó sobre todo de cuestiones políticas y morales, centrando su atención en la posibilidad de una renovación de la cultura y de la sociedad basada en la ciencia y en las técnicas; en el Romanticismo, de los excesos cometidos en el periodo anterior y de rescatar las emociones y la historia, etc., etc., etc. Como dijo Hegel, la filosofía ha sido siempre su tiempo atrapado en pensamientos.

Pero, ¿cómo? ¿Es que acaso no hemos oído a Stephen Hawking, el gran físico británico, decir que la filosofía ha muerto ya? Hawking quizás pensaba escandalizar con su declaración debidamente ampliada por los medios de comunicación. No sé si lo consiguió entre algunos, pero no ciertamente entre los filósofos, que vienen oyendo lo de la muerte de la filosofía al menos desde Kant (en el siglo XX se convirtió incluso en un tópico detectable en autores tan dispares como Heidegger, Wittgenstein, Rorty, Vattimo, una parte de la filosofía postestructuralista y una parte de la filosofía

analítica). Puede que la filosofía, según los que ven este asunto al modo de Hawking, hiciera grandes cosas en el pasado, pero su tiempo ha pasado ya. Una vez que hizo germinar de su tronco a las distintas ciencias, a lo largo de toda la Modernidad, su caudal se ha agotado. No quedan preguntas importantes que no puedan formularse dentro de una de esas ciencias, y, por tanto, la posible respuesta filosófica está de más. Si queremos saber lo que es la materia le preguntamos hoy a la física o a la química; si queremos saber qué es la vida, le preguntamos a la biología; si queremos saber qué es la mente, cómo funciona, cuáles son sus límites, le preguntamos a la psicología; si queremos saber qué es el Universo, cuál ha sido su origen y cuál su posible final, le preguntamos a la cosmología; si queremos saber qué es el ser humano, le preguntamos a la antropología, a la biología evolucionista, a la sociología, y a otras disciplinas empíricas. ¿Qué podría añadir de interés, y sobre todo, de relevancia, el filósofo a todas esas respuestas científicas?

Quien así pregunta posiblemente no se ha parado a considerar que la ciencia tiene límites. En primer lugar, porque en cada momento histórico su conocimiento del mundo es parcial y no parece haber ninguna razón de peso para pensar que esto no seguirá ocurriendo en un futuro previsible. Seguirá habiendo temas que, por falta de datos, por insuficiencias metodológicas, por limitaciones técnicas, o por la mera finitud de la mente humana, las distintas ciencias no podrán abarcar de forma adecuada. Pero además, hay asuntos, especialmente asuntos humanos, que no quedarían jamás exhaustivamente entendidos mediante un enfoque científico por mucho que éste consiga avanzar. Piénsese, por ejemplo, en las cualidades de las experiencias subjetivas, o en el conocimiento que se obtiene del otro a través de las relaciones personales, o en la experiencia estética, o en determinación de en qué consiste una vida buena, o en el modo de darle sentido a un proyecto personal de vida, o en la cuestión de si existe o no el libre albedrío, o en el concepto de causa implicado en la idea de causación mental. Estos y otros ejemplos que podrían ponerse son suficientes para mostrar que habrá en todo caso preguntas filosóficas que no

desaparecerán ni encontrarán plena respuesta en las ciencias. Y no debe olvidarse que las ciencias mismas descansan en presupuestos filosóficos que ellas no tematizan.

Por otra parte, incluso si se quisiera dar a la ciencia la última palabra en todos los temas relevantes que han ocupado tradicionalmente a los filósofos, la discusión filosófica no dejaría de ser necesaria en casi todos ellos, puesto que no hay más que mirar a lo que hoy sucede en este tipo de discusiones para comprobar que los propios científicos pueden sacar conclusiones muy diferentes acerca de lo que la ciencia puede decir sobre esas cuestiones, y es claro que la evaluación de sus diferentes conclusiones necesitaría de una reflexión filosófica. De hecho, lo que hemos podido ver en las últimas décadas es que el progreso de las ciencias, si bien ha eliminado o dado respuesta a muchos problemas filosóficos, ha abierto infinidad de otros nuevos, y, gracias a ello, han surgido nuevas ramas de la filosofía, como la neurofilosofía, o la filosofía de la biología, que no existían con anterioridad. La filosofía no sólo se ha expandido en sus intereses, sino que ha salido fuera de sus fronteras tradicionales.

Hawking, por seguir con el ejemplo citado, se desmiente casi inmediatamente a sí mismo, cuando en las mismas entrevistas en que dice que la filosofía ha muerto (inicialmente lo sostuvo en su libro *El gran diseño*), añade que debemos manipular nuestros genes para convertirnos en seres superinteligentes capaces de competir con las máquinas superinteligentes que crearemos dentro de poco. ¿No hay ninguna cuestión filosófica relevante detrás de esta pretensión? ¿No hay presupuestos discutibles desde la epistemología, la ética, la antropología filosófica, la filosofía de la mente...? No parece que haga falta esforzarse mucho para reconocer varios.

Pero dicho esto, hay que añadir a continuación que la filosofía no tiene garantizado un futuro. De hecho, presenta síntomas claros de decaimiento –que son en buena parte causantes de su deteriorada imagen– de los que cabe responsabilizar a los propios filósofos. A lo largo del siglo XX, uno de los siglos más convulsos de

la historia, la filosofía (con algunas excepciones notables) pensó que podía desentenderse de los problemas que verdaderamente aquejaban a la humanidad. Pensó que le estaban reservadas tareas más elevadas, más nucleares, menos periféricas. Se replegó entonces en disquisiciones escolásticas sobre la conciencia pura, el lenguaje ideal, el modo en que hablamos de ciertas cosas, la interpretación infinita de significados textuales, el final de la filosofía, la muerte del sujeto, la construcción social de la realidad. Se obsesionó con el rigor puramente formal y con la elaboración de una jerga aparentemente rompedora, pero incomprensible. Se hizo académica, en el peor sentido de la palabra, y dejó las cuestiones importantes en manos de opinadores diversos y de "think tanks" a sueldo. Con todo ello, ha dejado tras de sí un largo reguero de ideas vacías, como las ha llamado Peter Unger, que solo han interesado a los ingresados en cada una de sus especializadas escuelas. No es extraño, pues, que ante la constatación de este estado, se hayan multiplicado las voces de los que certifican que la filosofía ha muerto, justo en la época en que más se escribe y se publica sobre filosofía.

La filosofía –es verdad–, a diferencia de las ciencias, no hace descubrimientos; excepto uno solo, y cuando es buena: nos pone al descubierto lo que los seres humanos hemos sido y lo que hemos querido ser. Nos señala cuáles han sido nuestras aspiraciones y nuestros miedos, nuestros deseos y nuestros deberes, nuestros límites y nuestra desmesura. Eso es básicamente lo que cualquier estudiante de filosofía aprende a valorar a través de numerosas lecturas en los años de su formación. Pero aprende también algo aún más valioso que difícilmente aprenderá en otros lugares, ya sean académicos o no, a saber: que si bien a lo largo de la existencia uno puede ponerse, si quiere, en las manos de muchos guías morales o intelectuales, sólo el uso autónomo de la razón, como nos enseñó Kant, hace a un ser humano alguien auténticamente libre. Por eso, el estudiante de filosofía, al cabo de un tiempo, no podrá ya enfrentarse a ningún asunto importante en su vida sin considerarlo al modo filosófico, es decir, sin preguntarse qué le dice al respecto su razón. Esto le traerá ventajas en algunas situaciones,

porque no son muchos los que se atreven a salir de la opinión común, de lo que se supone que debe pensarse sobre ese asunto. Y podrá así aportar un punto de vista diferente. Pero le acarreará también desventajas. Sobre todo en aquellos momentos en los que el sentido de lo práctico, de lo conveniente, ha de ser pospuesto. Y es que, paradójicamente, el lado no teórico, sino práctico, de la filosofía –el que ha tenido siempre como fin último el logro de una vida digna de ser vivida–, ha aconsejado repetidas veces al practicante de la filosofía ser poco práctico. Todo el que se dedica profesionalmente a la filosofía ha de preguntarse alguna vez si merece la pena seguir este consejo.

Bien –dirá el juez que mira desde hace tiempo con desdén a la filosofía–, pero además de eso, ¿qué es lo que consigue obtener durante sus años de formación el estudiante de filosofía que justifique la carga onerosa que sus estudios representan para el contribuyente? Admitámoslo desde el principio, por lo general el estudiante de filosofía no sabe manejarse demasiado bien en tareas que reciben la máxima consideración social. No sabe calcular la resistencia de un puente, ni averiguar si una toxina está presente en un alimento, ni reparar la fractura de un hueso, ni asesorar a alguien perjudicado por una nueva ley. Lo único que saca de sus estudios es la costumbre de aplicar algunas herramientas analíticas a los problemas y, utilizando la terrible expresión de Quevedo, un cierto gusto por vivir “en conversación con los difuntos” y escuchar “con los ojos a los muertos”, es decir, un gusto por lecturas de autores del pasado. No es mucho, ciertamente, pero cabe el consuelo de que con ese parco bagaje, hubo quien supo hacer grandes cosas. Quien supo ver nuevos valores hasta entonces desatendidos o despreciados, quien cambió ideas predominantes en diversos ámbitos, quien hizo preguntas fructíferas, quien abrió nuevos campos de investigación y ofreció imágenes más ricas y más críticas de nosotros mismos, contribuyendo así al progreso moral de la humanidad.

Pero sin necesidad de llegar a alcanzar objetivos tan altos, hay ya una enseñanza práctica, pequeña pero muy útil, que el

estudiante de filosofía puede extraer de todo lo aprendido en sus años de formación. La historia de la filosofía nos muestra los grandes errores que otros han cometido en el pasado. Al menos, estará ya avisado sobre ellos, y eso no es baladí, porque la historia tiene a veces la tentación de repetirse, y no sólo como farsa, sino insistentemente como tragedia. Sabrá, pues, cuáles son los puntos débiles de cualquier idea que se nos quiera presentar como una verdad inamovible, empezando por esa misma pretensión de infalibilidad. En esto, el mensaje que nos ofrece la historia de la filosofía es convergente con el que nos ofrece la historia de la ciencia: es necesario cambiar de opinión cuando se tienen datos y argumentos que indican que la opinión que se sustenta es falsa, y para detectar el error lo antes posible, hay que someterla a crítica rigurosa. Esto no sólo lo dijo Popper, pero sí es uno de los que más insistió en recordarlo.

No hay que hacerse, pese a lo dicho, demasiadas ilusiones. La precariedad de la filosofía ante la opinión pública ha sido una constante en su historia. No es consecuencia de la política del ministro de educación de turno, aunque ésta (y la anterior, y la anterior a la anterior) no haya hecho casi nunca nada por mejorarlo. Con altibajos, la situación en la que se ha visto siempre la filosofía, desde los tiempos en los que Sócrates incordiaba en el mercado de Atenas, ha sido siempre esa. No es de extrañar. ¿Cómo no se va a impacientarse la gente con ella cuando ni siquiera es fácil saber qué es la filosofía, aunque se haya obtenido un título académico sobre esa materia? Hay demasiadas caracterizaciones disponibles, unas muy distantes de las otras. Si me pidieran elegir, a mí me parece que la más ajustada, aunque posiblemente también la menos orientadora, es la de Wilfrid Sellars, según la cual el objetivo de la filosofía es entender cómo las cosas, en el sentido más amplio posible del término, se relacionan entre sí, en el sentido más amplio posible del término (*"understand how things in the broadest possible sense of the term hang together in the broadest possible sense of the term"*). Pero una afirmación así, como ya se ve, no aporta demasiada información, así que para que no se diga que me voy por las ramas, me atreveré a dar algún detalle concreto acerca de lo

que, desde mi personal punto de vista, ha de constituir la tarea principal de la filosofía hoy y en los próximos años.

La filosofía debe, si no quiere verse cada vez más arrinconada en una autocontemplación narcisista, retomar como tarea fundamental la reflexión sobre los problemas que inquietan a los seres humanos en el momento presente, como supo hacer en otros momentos en que gozó de mayor consideración. En realidad, puede decirse sin exageración que los problemas principales que tiene la filosofía ante sí al día de hoy son probablemente los más graves y más difíciles de todos aquellos a los que ha tenido que enfrentarse a lo largo de su historia. A título de ejemplo, he aquí algunos de los que creo de más interés:

(1) ¿Qué consecuencia ha tenido sobre nuestro planeta el desarrollo tecnocientífico e industrial, y qué alternativas hay a lo que estamos haciendo con él? ¿Hay posibilidad de mantener una actitud nueva ante la tecnología? ¿Qué relación queremos mantener con los demás animales y con la naturaleza en general? ¿Qué responsabilidades tenemos con las generaciones futuras?

(2) ¿Qué cambios han de producirse en la comprensión de nuestra propia especie ahora que empieza a vislumbrarse su posible su transformación biotecnológica? ¿Podemos seguir manteniendo un concepto fuerte de naturaleza humana? ¿Queríamos mejorarnos en algunos aspectos o ser sobrehumanos o posthumanos a través de la modificación genética? ¿Queríamos ser inmortales si estuviera a nuestro alcance esa posibilidad? ¿Atentarían estos cambios a la dignidad humana, suponiendo que este concepto pudiera mantenerse sin revisión?

(3) ¿Cómo va afectar todo esto a nuestros modos de ordenación política y social y qué podemos hacer para que el resultado sea más justo y proporcione mayor libertad e igualdad? ¿Cómo vamos a hacer que los beneficios del progreso científico y técnico estén orientados realmente al bienestar de todos los seres humanos, empezando por los más desfavorecidos? ¿Qué impacto social y cultural tendrán los nuevos movimientos políticos emergentes, los cambios geoestratégicos que se están produciendo,



los movimientos migratorios, o la crisis ecológica a la que parecemos abocados si no ponemos remedio?

Como puede verse, son cuestiones de máxima importancia y en ellas la filosofía (junto con las ciencias) tiene mucho que decir. Pero permítaseme terminar señalando un problema que la filosofía, en tanto que disciplina académica y profesional, tiene todavía que resolver y que no puede posponer por más tiempo. No es un problema que le afecte sólo a ella, pero por su propia condición reflexiva debería tomarse muy en serio el intento de solución. Las mujeres constituyen el 50% aproximadamente de los estudiantes que comienzan los estudios de filosofía en los países occidentales. A medida que avanzan los cursos, su porcentaje se va reduciendo gradualmente; de tal modo que según algunas estimaciones recientes sólo el 30% de los profesionales dedicados a la filosofía y sólo el 20% de los profesores universitarios de filosofía con plaza permanente son mujeres. El número de profesionales femeninas ha ido aumentando en las últimas décadas en otras especialidades, pero no en igual medida en la filosofía, que sigue siendo, dentro de las humanidades, la que mayor desproporción mantiene entre sexos. Es evidente, según estos datos, que pese a contar hoy día con filósofas de reconocido prestigio, la filosofía no ha hecho aún demasiado por incorporar a la mujer, y quizás a ello se deban algunas de sus otras deficiencias actuales.